

EM2 / CULTURA

O. HENRY

Nórdica publica sus 'Historias de Nueva York'

Esperar lo inesperado

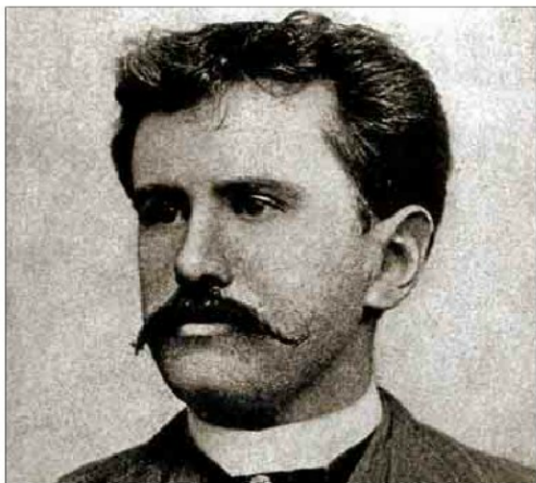


Imagen de William Sydney Porter, conocido como O. Henry. / E.M.



GALERIA DE
IMPRESINDIBLES / 264
MANUEL HIDALGO

No puede decirse que William Sydney Porter fuera un tipo con buena suerte: a los tres años perdió a su madre, su primer hijo nació muerto, dio con sus huesos en la cárcel, su primera esposa falleció pronto, la segunda lo abandonó y, en fin, él mismo murió sin cumplir los 50 por su incontrolable afición al alcohol.

Son muchos, voy viendo, los grandes creadores con vidas penosas a los que la posteridad les reserva, gracias a sus obras, una gloria duradera. Esa gloria, como si correspondiera además a otra persona, la disfruta hoy O. Henry, el pseudónimo que adoptó William Sydney Porter para firmar sus cuentos, no se sabe si tomado del nombre de un gato o de un guardián de la prisión en la que comenzó a escribir cuentos en serio. Y en serie. Lo que es prácticamente seguro es que William se escondió tras O. Henry para ocultar su delito y su pasado como recluso.

Este lunes se han cumplido 150 años de su nacimiento en Greensboro –eso está por Carolina del Norte–, dejó sus estudios muy pronto y se formó como boticario y droguero, oficio que, más tarde, lo mantuvo ocupado en la trena y que evoca en *El filtro de amor* de Ikey Schoenstein, uno de los relatos recogidos en *Historias de Nueva York*, narración que también alude –aunque no de forma literal– a la fuga del hogar familiar para casarse con él de su primera mujer, Athol Estes Roach, una chica burguesa.

Pero no adelantemos acontecimientos. A los 20 años, William se trasladó a Texas, y allí tuvo varias ocupaciones de poca sustancia literaria, en principio, como trabajar de pastor de ovejas en un rancho y de delineante o dibujante en un organismo público. Tenía buena mano para las caricaturas.

Fue en 1887 cuando se casó con Athol. La pareja perdió a su primer hijo en el parto y después tuvo una niña, Margaret. En Texas, William se inició en las actividades periodísticas y literarias fundando, primero, un semanario hu-

morístico, *The Rolling Stone* –posterior título de una de sus colecciones de cuentos– y, después, escribiendo columnas en un diario.

Anduvo por Austin y por Texas y estuvo empleado en un banco. Y héte aquí que, cuando se estaba estabilizando con la escritura, salió a relucir una acusación: había robado en el banco. No quiso encarar el juicio, dejó a su familia y huyó en un barco de plátanos a Honduras desde el puerto de Nueva Orleans. Mal asunto.

Estuvo un tiempo vagando por Honduras, sin que se sepa muy bien lo que hizo, aunque en una de sus colecciones de cuentos, *Cabbages and Kings* (1904), hay rastros palpables de sus experiencias allí, del mismo modo que, en *Heart of the West* (1907), recrea el mundo del Oeste, el ambiente de Texas. Ahí apareció su personaje Cisco Kid, que conocería muy populares adaptaciones al teatro, a la televisión y al cine.

Al leer los cuentos de O. Henry es imposible no pensar en su traslado a la pantalla. Él no lo vió, pero se han adaptado decenas de sus relatos al cine y a la televisión. Se hicieron muchas películas cortas sobre sus cuentos durante el cine mudo –nada menos que D. W. Griffith dirigió alguna– y muchos largometrajes hasta casi ahora mismo. Directores como Howard Hawks se hicieron car-

go de sus personajes y actores como Marilyn Monroe y Charles Laughton los interpretaron.

Hay que volver a Honduras. Allí William recibió la noticia de que su mujer estaba muy enferma. Regresó a Texas para estar a su lado. Athol murió de tuberculosis, y el escritor fue juzgado por su presunto hurto del banco y condenado a cinco años en la prisión de Columbus (Ohio). Con el número de presidiario 30664 cumplió sólo tres y pico por su buen comportamiento.

En la prisión de Columbus, O. Henry conoció a un sujeto impar. Se trata del excelente abogado Al Jennings, que derivó en ladrón de trenes. Una vez libre, se hizo famosísimo como actor, se dedicó a la política con éxito y escribió varios libros, entre ellos uno que da cumplida cuenta de su amistad con O.

El no lo vio, pero se han adaptado decenas de sus relatos y cuentos al cine y a la televisión

No quiso encarar el juicio por el robo de un banco, dejó a su familia y huyó en un barco a Honduras

Henry en la cárcel. El tal Jennings vivió casi 100 años.

El caso es que, al salir de Columbus, O. Henry se fue a Nueva York para esquivar la coza de su vida anterior y en busca de su identidad. Allí, nada más llegar, con lo que ya tenía escrito y con lo que era capaz de escribir a toda pastilla, se hizo en un santiamén un enorme prestigio como cuentista. En 1903, el *New York World* le encargó un cuento corto semanal para su edición dominical, y O. Henry ya no paró hasta escribir centenares.

Pero O. Henry empujaba el codo de lo lindo. Escribía a todo trapo con dos litros de whisky al día y se pasaba 10 horas en el bar. Leyendo sus cuentos, y quizá conociendo el dato, puede apreciarse cómo en ocasiones O. Henry coge carterilla ética y se vuelve jactancioso y dicharachero. Por ejemplo, cuando, con un efecto literario de distanciamiento, introduce comentarios sobre los propios relatos o cuando se dirige directamente al lector con alegre camaradería.

En *Historias de Nueva York* se recoge su cuento más célebre y más versionado por la televisión y el cine, *El regalo de Reyes*. Buenísimo. La leyenda dice que O. Henry lo escribió en tres horas, lingotazo va, lingotazo viene, para entregarlo a tiempo al *New York World*.

En 1907, O. Henry se casó con Sarah, la novia de su infancia. Ella lo abandonó al año y pico. No había manera. El escritor se gastaba dineros en alcohol, y su salud era una ruina. Murió en soledad, el 5 de junio de 1910, de cirrosis hepática de manual y de caballo. Tenía 47 años, y en sus bolsillos se encontraron 23 centavos. Todos sus ahorros.

El dinero, precisamente, el amor y la ciudad y sus gentes son los temas centrales de estas *Historias de Nueva York* (Nórdica), que proceden básicamente de su libro *The Four Million* (1906), título que se refiere a los cuatro millones de neoyorquinos de entonces.

Escritor realista, el indiscutido maestro de las historias cortas, de enorme influencia en toda la narrativa breve norteamericana, O. Henry observa la fauna humana y los escenarios urbanos con una irresistible mezcla de humor y pesimismo. La tristeza divertida es lo suyo. Y, como ya dijo el crítico Edmund Wilson, los finales sorprendentes, los giros inesperados en el desenlace que dejan al lector con la boca abierta y con ganas de más.

Espectáculo / Letras

La integral de Vargas Llosa, al Teatro Español

Madrid

El Teatro Español programará todas las obras dramáticas del Premio Nobel Mario Vargas Llosa, un total de siete producciones, que contarán con directores y autores «de primer nivel» y con las que esta institución pretende continuar su tradición de acoger a los grandes genios de la literatura, informa Efe.

Se trata de una de las principales apuestas para la próxima temporada del Español presentadas ayer por el director de programación de Artes Escénicas del Área de Las Artes del Ayuntamiento de Madrid, Natalio Grueso, que destacó que es la primera vez en la que se representará la obra dramática íntegra de Vargas Llosa. Y es que, según Grueso, el Premio Nobel de Literatura 2010 es el «heredero actual» de los grandes genios de la literatura universal que han estrenado en el Teatro Español durante sus más de 400 años de historia, como Lope de Vega, Calderón de la Barca, Cervantes, Tirso de Molina, Valle Inclán o García Lorca.



Mónica Molina, portada de 'Yo Dona'.

Publicación / Música

La belleza de Mónica Molina, en 'Yo Dona'

EL MUNDO

Mónica Molina protagoniza la portada de *Yo Dona* esta semana. Su voz ilumina el final del verano con un nuevo disco, *Mar blanca*, homenaje a su padre Antonio. La artista regresa con versiones de canciones míticas como *Soy minero* y dice ser «una madura aún de buen ver».

La revista, que se vende el sábado junto con EL MUNDO, recoge en su especial puesta a punto las últimas tendencias de moda y belleza. Además, entrevista a dos de las actrices más bellas de Hollywood: Natalie Portman, madre y actriz oscarizada que promueve la educación de niñas keniatas, y Blake Lively, protagonista del último filme de Oliver Stone.